

Paul Kearney

Los diez mil

Traducción de
Núria Gres

 ALAMUT

Para John McLaughlin y Charlotte Bruton

 Mi profundo agradecimiento para:

 Mark Newton, Christian Dunn, Patrick St.
 Denis, Darren Turpin y James Kearney.
Y para Marie, por supuesto, como siempre.



EL EVMERIDACH

HONAN
PADRAN

YITE

ARAKOSIA

IRGLIN

KOSAN
KANDASAR

MEDIS

ASLERIA

LIMIR

ANNAN

MAR MACHTIO

GANSKAR

ASKANON

EL IMPERIO MEDIO

PLENINASH
TIERRA DE LOS RIOS

ISHIAR

BOST

MAR HAKRISH

MAR MIONKANSITTE

MAR STINONIO

MAR TANEQ

KUPR

CHILUM

EL DESIERTO GADINATA

ARTASKA

COLINAS

LEGADEANS

CONFO
WIDEHAINO

0 100 200 300 400 500 600 800 1000 PASAJES



Primera parte

La misericordia de Antimone

1

El significado de la derrota

Rictus había nacido junto al mar, y junto al mar iba a morir.

Había arrojado su escudo y se encontraba sentado sobre una mata de hierba amarillenta, con la fría arena gris entre los dedos de los pies y el brillo deslumbrante de la espuma blanca, que le cegaba los ojos como la nieve.

Si levantaba la cabeza, podía ver auténtica nieve en las cumbres del monte Panjaeos al oeste. Nieves eternas, en cuyas profundidades tenía su forja el dios Gaenion, el creador del corazón de las estrellas.

Un lugar tan bueno como cualquier otro para encontrar el final.

Sentía la sangre brotar de su costado, como una lenta promesa o una mueca burlona. La idea le hizo sonreír. «Conozco esta sensación», pensó. «Conozco todas estas cosas. Una lanza de Gan Burian me ha dejado bien claro su significado.»

Aún tenía su espada, pobre como era, un objeto barato y de hierro blando que había comprado más por sentido del decoro que por otra cosa. Como todos los hombres, sabía que su verdadera arma era la lanza. La espada era para la derrota, para el amargo final cuando uno ya no podía negar la realidad.

Y aún tenía su lanza. De ocho pies de altura, con la madera oscura del asta marcada con nuevas cicatrices blancas. Había pertenecido a su padre.

«Mi padre. Cuyo hogar, cuya vida he puesto en peligro.»

De nuevo sonrió bajo el pesado yelmo de bronce. Pero no era una sonrisa. Era el último despliegue de dentadura de un animal acorralado.

Y así fue cómo lo encontraron los tres agotados soldados de Gan Burian que también habían descartado sus escudos, pero para ayudarse en la persecución, no para huir. También conservaban las lanzas, con todas las puntas ensangrentadas, y en sus ojos se veía la mirada que da a los hombres el vino, el sexo y la guerra. Gritaron al distinguir su figura agazapada a la orilla del mar, junto a su túnica

ensangrentada. Y cargaron con la rapidez de un banco de peces, con los dientes al descubierto. Felices. Tan felices como podían serlo los hombres. Pues, ¿qué podía hacer más feliz a un hombre que la aniquilación de su enemigo cuando todo estaba en riesgo: su mujer, sus hijos, el lugar al que llamaba hogar? Los hombres de Gan Burian habían defendido su ciudad del asalto en una batalla agotadora que había durado toda la mañana. Habían vencido. Habían vencido y, ¡cuán brillante les parecía el cielo, cuán delicioso el sabor del aire salado en la boca! El más dulce de los platos. Y se disponían a saborear un poco más.

Rictus los vio acercarse, levantando pequeñas olas de arena con los pies mientras corrían hacia él entre las dunas. Se levantó, ignorando el dolor como le habían enseñado. Se llenó los pulmones de aquel aire fresco y dulce, de aquella sal, de aquella tierra refrescante. Cerrando los ojos, sonrió por tercera vez, por él mismo. Por el recuerdo del mar, por su olor.

«Señor, en tu gloria y tu bondad, envía a hombres dignos a matarme.»

Se apoyó un poco en su lanza, clavando en la arena la parte inferior del asta, hundiéndola más allá del destello del bronce. Aguardó, sin molestarse siquiera en tocar la vaina de cuero donde yacía su despreciable espada. Junto a su cabeza remontó el vuelo un escuadrón de aves en una formación blanca y negra. Buscadores de ostras, ahuyentados de la arena por los hombres que se acercaban. Fue consciente del batir de sus alas, igual que del lento latir en su costado. El ábaco de la muerte, cuyas cuentas sonaban cada vez más despacio. Un instante de extraña felicidad, de comprender que todas las cosas eran iguales, o al menos que podían serlo. La lucidez ebria del dolor y la intrepidez. Era algo realmente grande no tener miedo en aquel momento.

Y allí estaban, justo frente a él. Se sobresaltó, como no se había sobresaltado en todo aquel día, ni siquiera cuando chocaron las líneas de escudos. Se había preparado para aquel choque durante toda su vida, lo había esperado, había deseado que fuera aún más impresionante de lo que había sido. Pero aquello era distinto. Estaba viendo a otros hombres corrientes con la muerte en la mirada. No era algo anónimo, sino increíblemente personal. Se alteró un poco, y su incertidumbre se convirtió en una oleada de adrenalina blanca y fría a través de sus nervios. Se puso en pie, parpadeó, olvidó el dolor y el latir de la sangre al abandonar su cuerpo. Era una bestia acorralada, gruñendo a los cazadores.

Le rodearon: hombres corrientes que habían matado a sus compañeros y habían disfrutado haciéndolo. Casi como en un juego. Ha-

bían llegado a la batalla inseguros y aprensivos, pero habían vencido. Al romperse la línea enemiga se habían visto convertidos en héroes, en parte de lo que algún día podía ser historia. Más tarde regresarían a sus falanges, y marcharían alegremente hacia la ciudad de sus enemigos, para convertirse allí en conquistadores. Aquello, la muerte de Rictus, sólo era otro aderezo más en el plato.

Rictus lo sabía. No odiaba a los hombres que habían venido a matarle, como estaba seguro de que ellos tampoco le odiaban a él. No sabían que era hijo único, que amaba a su padre con una adoración fiera y silenciosa. Que moriría por salvar al más insignificante de los perros de su familia. No sabían que amaba la visión, el olor y el sonido del mar como otro hombre amaría la sensación de las monedas de oro deslizándose entre sus dedos. Rictus era una máscara de bronce para ellos. Moriría, y sus enemigos alardearían de ello ante sus hijos.

Así era la vida, así funcionaban las cosas. Rictus lo sabía. Pero le habían enseñado bien, de modo que aferró la lanza de su padre con ambos puños, ignoró el dolor y empezó a pensar en cómo matar a aquellos hombres sonrientes que venían a acabar con él.

Con un grito breve, el primero de ellos atacó. Un rostro sofocado y enmarcado por una barba negra y los ojos relucientes como piedras congeladas. Sostenía la lanza por la mitad del asta, y lanzó una estocada contra la clavícula de Rictus.

Rictus había empuñado su arma por el punto de equilibrio, a poca distancia del extremo, por lo que su alcance era mayor. Con ambas manos, desvió la punta de la lanza de su atacante e invirtió el apretón en la suya, todo ello en un movimiento tan hermoso y fluido como un paso de baile. El giro de su arma hizo que los otros dos hombres saltaran hacia atrás, para apartarse del temible filo del aichme, la punta de la lanza. De nuevo con ambas manos, atacó con el regatón, o agujón de lagarto, como se le conocía, un pincho de bronce que actuaba como contrapeso del aichme. El arma golpeó al barbudo en el lado izquierdo de la nariz, atravesándole el hueso y hundiéndose más de un palmo antes de que Rictus la sacara de un tirón. El hombre retrocedió tambaleándose, como un borracho, parpadeando lentamente. Se llevó la mano al rostro, y se sentó de golpe en la arena mientras la sangre brotaba del boquete cuadrado y el vapor humeaba en el aire frío.

Otro lanzó un grito al verlo, levantó su arma por encima del hombro y atacó. Rictus sólo tuvo tiempo de arrojarla a un lado, y perdió la lanza cuando el aichme se hundió en la arena. Mientras se levantaba, el tercer hombre pareció reaccionar, y decidir intervenir en el combate de mala gana. Era un hombre maduro y de barba canosa, pero en

sus ojos había cierta serenidad tenebrosa. Se movía como si pensara en otra cosa.

Rictus rodó por el suelo mientras la lanza del segundo hombre se clavaba en la arena junto a él. La rodeó con el brazo y apretó la punta contra sus costillas heridas, sin apenas sentir el dolor. Pateó con ambos pies y un talón golpeó la entrepierna de su atacante. Las mejillas del hombre se hincharon. Rictus se levantó, trepando por el asta de la lanza, y le golpeó en la cara con toda la fuerza que le quedaba en el torso. El bronce de su casco resonó, y Rictus se alegró por primera vez aquel día. El hombre cayó de espaldas, plegándose débilmente en torno a sí mismo y a la ruina roja de su rostro.

Un momento de triunfo, tan breve que más tarde no lo recordaría. Entonces algo agarró desde detrás la cresta de crin de caballo del casco de Rictus.

Se había olvidado del tercer hombre, lo había perdido en su mapa de las cosas, breve y ensangrentado.

El soporte de la cresta rascó contra el bronce, pero los clavos aguantaron. Un pie se estrelló contra la rodilla de Rictus, que cayó hacia atrás, con el casco torcido y privado de visión. Sus pies araron en vano la arena. Alguien estaba en pie sobre su pecho, y se oyó un chirrido de metal contra metal cuando una punta de lanza le levantó la barbilla del casco, desgarrándole el labio inferior.

Era el hombre maduro de barba canosa. Tenía un cabello parecido a la piel de una oveja, y sus ojos eran negros como endrinas. Llevaba la anticuada túnica de fieltro de las montañas del interior, sin mangas y por encima de la rodilla. Sus miembros eran morenos y nudosos, con venas azules sobre los hinchados músculos. Con una sola mano, levantó el aichme de su lanza hasta apoyarlo en la garganta de Rictus y hacer brotar la sangre.

Cuando Rictus tragó saliva, la afilada punta dejó un rastro de fuego en su garganta. Sentía que la sangre había empezado a brotar más libremente de su costado, oscureciendo la arena debajo de él. También sangraba por la barbilla. Se estaba desangrando. Suspiró, relajándose. Todo había terminado. Todo había terminado, y había hecho algo por lo que sería recordado. Miró el azul pálido del cielo, el declive de la gloria de aquel año, y los buscadores de ostras regresaron para volver a ocupar sus lugares sobre la arena. Siguió su vuelo todo lo que pudo con los ojos.

El otro hombre también lo hizo, con la lanza tan firme en su puño como si estuviera plantada en un suelo de piedra. Detrás de él, sus dos compañeros se retorcieron sobre la arena, debatiéndose y emitiendo sonidos que apenas parecían humanos. El hombre los miró con expresión de franco desprecio. Luego clavó la lanza en la arena; se

inclinó, con lo que su pie vació de aire los pulmones de Rictus, y arrancó el casco de la cabeza del joven. Le miró, asintió y arrojó el casco a un lado. La espada lo siguió, volando por el aire como el juguete roto de un niño.

—Quédate ahí —dijo—. Trata de levantarte, y acabaré contigo.

Rictus asintió, estupefacto.

El hombre hundió el dedo en el agujero ensangrentado del costado de Rictus, que se tensó, revelando unos dientes manchados de sangre. El hombre sonrió, y sus propios dientes eran cuadrados y amarillos, como los de un caballo.

—No hay aire. No hay burbujas. Tal vez sobrevivas. —Sus ojos se afilaron y danzaron como cuentas negras—. Tal vez. —Agitó la mano en el aire y abofeteó el rostro de Rictus. Un índice romo con una uña sucia y demasiado larga le propinó un golpecito en la frente—. Quédate ahí.

Se levantó, usando la lanza para incorporarse y haciendo una mueca, como un hombre que acabara de regañar a un niño.

—¡Ogio! ¡Demas! ¿Sois hombres o mujeres? Gimoteáis como niñas. —Y escupió.

Los ruidos cesaron. Los dos hombres se ayudaron mutuamente a levantarse y se acercaron tambaleándose, arrastrando los pies sobre la arena. Uno de ellos sacó un cuchillo del cinto, una hoja de hierro larga y afilada.

—Éste es mío —dijo, con un gorgoteo que resultaba horrible de oír. Era el que tenía el rostro agujereado, y sangraba a cada palabra, como para enfatizarlas.

—Lo habéis intentado y habéis fracasado. Ahora es mío —dijo con frialdad el hombre más mayor.

—Remion, ¿has visto lo que me ha hecho? Es posible que muera.

—No morirás, si mantienes la herida limpia y no te hurgas con los dedos. He visto hombres sobrevivir a cosas peores. —Remion volvió a escupir—. Hombres mejores que tú.

—¡Entonces mávalo tú mismo!

—Haré lo que me plazca, rata asquerosa, digas lo que digas. Ocúpate de Demas. Necesita que le arreglen la nariz.

El momento había pasado, se había sellado una especie de pacto silencioso. No habría más luchas. El tiempo para la licencia, las matanzas y la violencia desatada había quedado atrás, y las reglas normales que regían la vida de los hombres volvían a ocupar su lugar. Rictus se sentó, percibiéndolo, pero incapaz de convertir lo que sabía en un pensamiento racional. Ya no le matarían, y él tampoco les atacaría. Todos volvían a ser hombres civilizados.

El viejo, Remion, estaba cortando tiras del borde de su túnica,

pero el fieltro se deshilachaba bajo su cuchillo. Blasfemó y se volvió hacia Rictus.

—Quítate esa camisa, muchacho. Necesito algo para taponar el rostro de este hombre.

Rictus vaciló, y en aquel segundo los ojos de los otros tres hombres se fijaron en él. Se quitó la túnica por la cabeza, mientras jadeaba por el dolor de su costado, y se la arrojó a Remion. Sólo llevaba las sandalias y un taparrabos de lino. El viento le erizó la piel de las extremidades. Se oprimió el costado herido con un codo. La sangre empezaba a disminuir. Lanzó un escupitajo escarlata sobre la arena.

Remion desgarró la túnica y descartó la parte manchada de sangre bajo la axila. Sus dos compañeros emitieron unos sonidos bajos y roncros mientras se ocupaba de sus heridas. Hubo un chasquido cuando volvió a colocar en su sitio la nariz de Demas, y el hombre gritó y le golpeó en un lado de la cabeza. El mayor se lo tomó bien, tumbó a Demas de espaldas sobre la arena de un empujón y se echó a reír. Apartó la mano de Ogio de la herida de su cara y estudió atentamente el agujero ensangrentado, limpiando sus alrededores.

—Cuando regreses, que el doctor te cosa ese agujero. Lo que hay detrás se curará por sí solo con el tiempo. Por el momento, déjalo sangrar libremente: la sangre limpiará la herida. La punta de un regatón es algo muy sucio para haberlo tenido dentro.

Dio una palmada en el brazo de Ogio, dibujando su sonrisa amarilla, se levantó y se acercó a Rictus. En sus manos llevaba los jirones de la túnica. Los dejó caer sobre el regazo de Rictus.

—Véndate. Si no, morirás desangrado.

Rictus le miró a los ojos negros.

—¿Por qué no me matas?

—Cierra la boca —dijo Remion, con el ceño fruncido.

Rictus se preguntó si iría a morir de todas formas. En el campo de batalla, su herida había parecido de poca consideración. Podía moverse, correr, arrojar una lanza y comportarse como un hombre. Pero una vez lejos de la presión de la falange, todo le parecía mucho peor. Miró a los hombres que había herido y se sintió asqueado al ver su sangre, él, que había vivido toda su vida rodeado de sangre y muerte.

«Si quieres comer, tendrás que matar algo», había dicho su padre. No se consigue nada por nada. «Cuando la vida te da algo, debe tomar algo a cambio. Eso es lógica elemental.»

—¿Por qué no me matas? —volvió a preguntar, desconcertado.

El hombre llamado Remion le miró furioso y levantó la lanza como para clavársela. Rictus no se inmutó. Estaba más allá de todo aquello, todavía en aquel lugar donde su propia vida no importaba. Levantó unos ojos muy abiertos. Curiosidad, resignación. Nada de miedo.

—Tenía un hijo —dijo finalmente Remion, con el rostro tan tenso como su bíceps poblado de venas azules. Sus ojos eran muy negros.

Rompieron los accesorios de la lanza de su padre, dejando un asta de madera astillada de la longitud de un brazo, y fabricaron un yugo, atando las manos de Rictus por delante de él y deslizando el asta por el espacio entre los codos y la espina dorsal. Rictus no se resistió. Le habían criado para creer en la victoria y la muerte. No sabía demasiado bien qué debía hacer en caso de derrota, por lo que se quedó inmóvil como un buey en el matadero mientras lo ataban, no con rabia sino como hombres fatigados y deseosos de llegar a casa. Hombres heridos. El olor a sangre se elevó incluso por encima del hedor de la mierda en los muslos de Nariz Rota.

Recogieron el aichme y el regatón. Remion se los guardó en el hueco de su túnica. Sin duda, algún día los limpiaría y los volvería a fijar en madera virgen. Los buenos accesorios de lanza eran más valiosos que el oro. Volverían a servir. Ogió, el del agujero en la cara, se apoderó del casco con cresta de crin de caballo. Su rostro empezaba ya a hincharse como una manzana reluciente y sonrosada.

Finalmente, una parte del aturdimiento de Rictus se despejó.

—Mi padre vive en ese valle verde detrás de...

—Tu padre es carroña ahora, muchacho —dijo Remion. Y había cierta compasión en su rostro mientras lo decía.

Rictus se retorció, con los ojos muy abiertos, y Nariz Rota le golpeó la nuca con el asta de la lanza. Hubo una detonación blanca. Rictus cayó de rodillas, y una de ellas se abrió como un melón.

—Por favor —dijo—. Por favor, no...

Le golpearon de nuevo. Primero con el asta de la lanza, y luego con un puño que se estrelló una y otra vez contra la parte superior de su espina dorsal. Golpes infantiles, dirigidos más por la rabia que por el conocimiento de cómo infligir daño con los puños. Lo soportó, con la frente sobre la arena, parpadeando furiosamente y tratando de que sus pensamientos fluyeran con un cierto grado de orden.

—¡El muy cabrón nos suplica!

«No he suplicado», pensó. «Al menos, no por mí. Por mi padre, sí suplicaré. Por mi padre.»

Volvió la cabeza mientras aún le golpeaban y miró a Remion a los ojos.

—Por favor.

Remion le entendió perfectamente. Rictus lo sabía. En aquellos minutos breves y sangrientos había llegado a conocerle bien.

—No —articuló Remion. Su rostro estaba gris. En aquel instante, Rictus supo que el otro hombre había presenciado todo aquello an-

tes. Cada figura de aquella danza estúpida e insignificante había grabado sus pasos en la memoria del viejo. Era una danza antigua como el mismo infierno.

Su padre le había dicho algo más:

«No creas que los hombres se descubren sólo en la derrota. La victoria también les arranca el velo.»

La diosa del velo; la negra y rencorosa Antimone, cuyo verdadero nombre nunca debía pronunciarse. Estaba sonriendo. Planeaba sobre aquellas dunas, agitando sus alas oscuras.

El lado oscuro de la vida. Orgullo, odio, miedo. No era el mal, sino algo distinto. Antimone simplemente observaba lo que los hombres se hacían unos a otros. Se decía que sus lágrimas regaban los campos de batalla y los lechos de los matrimonios rotos. Era la mala suerte, la ruina de la vida. Pero sólo porque estaba allí cuando ocurría.

Los hechos, las atrocidades... eran obra de los hombres.

2

Las tribulaciones de un largo día

—Llegamos tarde a la fiesta, amigos míos —dijo Remion.

Oscurecía, y un fuerte viento azotaba los pinos en las laderas de las colinas. Rictus tenía los brazos entumecidos de codos para abajo, y al mirarse las manos vio que estaban azules e hinchadas. Cayó de rodillas, incapaz de mirar hacia el valle que tenían debajo.

Nariz Rota le levantó la cabeza tirándole del pelo.

—Mira esto, muchacho. Entérate de lo que ocurre cuando uno va por ahí empezando guerras. Así es cómo terminan.

Había una ciudad en el valle, una concentración larga y baja de casas de piedra con tejas de arcilla. Rictus había fabricado tejas como aquéllas en la granja de su padre. Uno daba forma al barro sobre la parte superior del muslo.

Durante unos dos pasangs, las casas se agrupaban formando racimos o cintas, con bosquecillos de pinos entre ellas. Aquí y allí se veía el destello blanco de un altar de mármol. El teatro donde Rictus había visto actuar a Sarenias se elevaba immaculado, señoreando los estrechos callejones. Y rodeándolo todo, como el mismo símbolo de la integridad de la ciudad, había una muralla de piedra ondulada de dos lanzas de altura. Había tres puertas visibles sólo desde aquella dirección, y hasta cada una de ellas llegaba el barro pardo de una carretera. Una colina se alzaba en un extremo de la caótica metrópolis, y una de sus laderas era un escarpado risco. En su cima se había construido una ciudadela con un par de torres altas en el interior. Había un puesto de guardia, ennegrecido por los años, y el destello del bronce sobre las murallas.

Y gente, gente por todas partes.

El sonido de la agonía de la ciudad ascendía por las colinas. Un rugido sordo, una anulación de toda voz individual, hasta el punto de que parecía que el sonido no procedía de hombres, mujeres y niños, sino del tormento de la misma ciudad. Se elevaba con el humo, que

empezó a irritar los ojos de Rictus. Las nubes de humo negro formaban cintas y pendones en el interior de las murallas. Las multitudes abarrotaban las calles, y entre el fragor podía distinguirse el estruendo del metal contra metal. En todas las puertas había grupos de hombres empujando con las lanzas levantadas, protegidos con los escudos cóncavos de la casta de guerreros macht. Había símbolos en los escudos, el emblema de una ciudad.

Rictus miró en dirección a Remion en la creciente oscuridad. Sus captores habían recuperado sus armas ocultas durante el camino de regreso. En el escudo de Remion relucía, blanco sobre escarlata, el signo de gabios, la primera letra del nombre de su ciudad. Casi todos los escudos llevaban aquel símbolo.

—Isca morirá al fin —dijo Remion—. Bien, ha tardado lo suyo, y os lo habíais buscado durante mucho tiempo.

—Os creíais mejores que los nosotros —se burló Nariz Rota—. «Los poderosos iscanos, sin igual entre los macht.» Ahora nos follaremos a vuestras mujeres, mataremos a vuestros ancianos y convertiremos en esclavos a vuestros famosos guerreros. ¿Qué dices a eso, iscano? —Propinó a Rictus un puñetazo a un lado de la cabeza.

Rictus se tambaleó, se enderezó y se incorporó lentamente. Contempló la muerte de su ciudad, cuyo resplandor empezaba a iluminar el cielo oscuro. Tales cosas ocurrían aproximadamente una vez cada generación. Él y sus camaradas simplemente habían tenido mala suerte.

—Lo que digo —respondió en voz baja— es que hicieron falta no una ni dos, sino tres ciudades aliadas para llevarnos a esto. Sin los hombres de Bas Mathon y Caralis, os hubiéramos masacrado.

—¡Cabrón! —Nariz Rota levantó la lanza. Remion dio un paso al frente, hasta situarse entre ellos. Sus ojos no se apartaron del valle.

—El chico dice la verdad —dijo—. Los iscanos nos derrotaron. De no haber sido por la llegada de nuestros aliados, sería Gan Burian la que ardería ahora.

Ogio, el del rostro hinchado y perforado, tomó la palabra.

—Los iscanos empezaron. Recogen lo que sembraron.

—Sí —dijo Remion—. Se lo han ganado. —Se volvió para mirar directamente a Rictus—. Los iscanos actuabais de modo distinto, os entrenabais como mercenarios y guerreabais del mismo modo que otros plantábamos viñedos y olivos. Convertisteis la guerra en vuestro oficio, y llegasteis a ser mejores que nosotros. Pero olvidasteis algo. —Remion se acercó más, de modo que Rictus quedó bañado en el olor a ajo de su aliento—. Al final, todos somos iguales. En este mundo, están los kufir y los macht. Tú y yo somos de la misma sangre, con el mismo hierro en las venas. Somos hermanos. Pero lo olvi-

dasteis y decidisteis usar la guerra, que es algo natural, para fines no naturales. Tratasteis de esclavizar a mi ciudad. —Se irguió—. La extinción de una ciudad es un pecado ante los ojos de Dios. Una blasfemia. Se nos perdonará por ello sólo porque nos vimos obligados. Contempla tu Isca, muchacho. Éste es el castigo de Dios por vuestro crimen. Por tratar de esclavizar a vuestro propio pueblo.

La luz roja del saqueo alcanzaba el cielo azul, compitiendo con el ocaso y mezclándose con él de modo que parecían ser uno solo, la ciudad en llamas y el día moribundo, con la amenaza de las montañas blancas alrededor, cuyas cumbres severas se iban cubriendo de negras sombras. Parecía el fin del mundo. Y para Rictus lo era. El fin de la vida que había conocido hasta entonces. Por un momento, volvió a ser un niño, y tuvo que parpadear para evitar que las lágrimas cayeran de sus ojos.

Nariz Rota levantó el escudo de modo que la parte cóncava descansara sobre su hombro.

—Me voy. Si no nos damos prisa, se llevarán a las mujeres más bonitas. —Sonrió, y pareció por un instante un hombre amable, alguien capaz de ser leal con sus amigos e invitarles a vino—. Vamos, Remion; dejemos a ese buey uncido para los lobos. ¿Qué te parece una noche roja? Apuraremos cada copa hasta las heces, y descansaremos sobre algo más blando que este suelo helado.

Remion sonrió.

—Id tú y Ogio. Yo os alcanzaré más tarde. He de encargarme de una última cosa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Ogio. Su rostro deformado hizo una mueca de odio al mirar a Rictus.

—Ve a que el carnifex te eche un vistazo a ese agujero —dijo Remion—. Puedo encargarme de esto yo solo.

Los otros dos burianos se miraron y se encogieron de hombros. Emprendieron la marcha, con sus sandalias golpeando el frío suelo y el casco de Rictus colgado de uno de sus cintos. Descendieron por la colina, siguiendo el barro endurecido de la carretera, para perderse en el fragor y el resplandor del valle donde encontrarían la recompensa a las tribulaciones de aquel largo día.

Con un suspiro, Remion soltó el pesado escudo cubierto de bronce y dejó la lanza en el suelo. Su casco, un cuenco de cuero ligero, continuó colgado de su cintura. A juzgar por su aspecto, había comido sopa en su interior aquella mañana. Tomó el cuchillo y pasó el pulgar por el filo.

Rictus levantó la cabeza, exponiendo la garganta.

—No seas idiota —espetó Remion. Cortó las ataduras de las muñecas de Rictus, y retiró el asta de sus codos. Rictus jadeó de dolor.

Sus manos se inundaron de fuego. Se sentó en el suelo mientras el aire silbaba entre sus dientes, sintiendo una agonía blanca, una sensación que encajaba con las visiones de aquella tarde.

Se quedaron sentados juntos, el canoso veterano y el corpulento joven, y contemplaron el drama de abajo.

—Recuerdo cuando se quemó Arienus, hace veinte o veinticinco años —dijo Remion—. Entonces era un guerrero. Vendía mi lanza para vivir, y llevaba el escarlata de los mercenarios en la espalda en lugar del fieltro de un granjero. Conseguí dos mujeres en el saqueo y algo de dinero, un caballo y una mula. Creí que era mi día de suerte. —Sonrió. El incendio de Isca encendió dos gusanitos amarillos en sus ojos—. Me casé con una de las chicas, y la otra se la entregué a mi hermano. El caballo me consiguió la ciudadanía y un taenon de tierra en las colinas. Me convertí en buriano y abandoné la capa roja. Tuve... tuve un hijo, hijas. Las bendiciones de la vida. Tenía todo lo que podía desear.

Se volvió hacia Rictus, con una expresión tan dura como si estuviera esculpida en piedra.

—Mi hijo murió en la batalla del río Hienio, hace cuatro años. Lo matasteis vosotros, los iscanos.

Volvió a mirar hacia Isca. Parecía que la expansión de los incendios se había contenido. Abigarradas multitudes obstruían aún las calles, pero había cadenas de hombres y mujeres junto a los pozos de la ciudad, pasando cubos y calderos de mano en mano y luchando contra las llamas. Sólo en torno a la ciudadela parecían continuar los combates. Pero de las casas de las zonas intactas seguían surgiendo chillidos y gritos, gemidos de mujeres y niños aterrados, hombres que morían entre la furia y el terror de no saber qué les sucedería a sus seres queridos.

—He luchado hoy porque de no haberlo hecho hubiera perdido el derecho a ser ciudadano de Gan Burian —dijo Remion—. Todos somos macht. En el mundo más allá de las montañas, he oído decir que los kufr cuentan historias sobre nuestra barbarie y nuestras hazañas en el campo de batalla. Pero entre nosotros, sólo somos hombres. Y si no podemos tratarnos unos a otros como hombres, es que no somos mejores que los kufr.

Rictus estaba abriendo y cerrando sus puños hinchados. No podía decir por qué, pero Remion le hacía sentirse avergonzado, como un niño regañado por un padre paciente.

—¿Soy tu esclavo? —preguntó.

Remion le dirigió una mirada furiosa.

—¿Estás sordo, o simplemente eres estúpido? Lárgate de aquí. Dentro de unos días, Isca habrá dejado de existir. Arrasaremos las

murallas y sembraremos el suelo de sal. Eres un ostrakr, muchacho. Un hombre sin ciudad. Tendrás que encontrar otro modo de ganarte la vida.

El viento arreció. Golpeó los pinos en torno a su cabeza e hizo que las ramas se sacudieran como alas negras que trataran de aferrar el ocaso. Remion levantó la vista.

—Antimone está aquí —dijo—. Se ha levantado el velo.

Rictus se estremeció. El frío del suelo se le clavaba en las nalgas. La herida de su costado era un latido apenas registrado. Pensó en su padre, en Vasio, el anciano capataz que les ayudaba con las tierras, en su esposa Zori, una mujer sonriente de piel morena cuyos pechos habían amamantado a Rictus cuando su propia madre había muerto al darle a luz. ¿En qué se habían convertido? ¿En carroña?

—Habrán cientos de vagabundos en las colinas, saqueando todas las granjas que encuentren —dijo Remion, como si hubiera captado la dirección de las inquietudes del joven—. Y serán los peores de nosotros, los cobardes que se han quedado en la retaguardia de la línea de batalla. Te atraparán y no verás el amanecer. Te violarán dos veces; una con la polla y otra con el aichme. Lo he visto en otras ocasiones. No vayas al norte. Ve al sur, hacia la capital. Cuando te hayas curado, esos anchos hombros te servirán para ganarte la vida en Machran.

Se puso en pie con un gemido bajo y volvió a cargar con el escudo y la lanza.

—Hay armas en abundancia en las colinas, en las manos de los muertos. Ármate, pero no tomes nada pesado. No tiene sentido que un hombre solo cargue con un escudo de línea de batalla. Busca jabalinas y un buen cuchillo. —Remion hizo una pausa, y movió la mandíbula con un gesto irritado—. Mira cómo hablo. Me he convertido en tu madre. Lárgate, iscano. Encuentra una vida que vivir.

—A ti también te ocurrió —dijo Rictus, castañeteando los dientes.

—¿Qué?

—Tu ciudad también fue destruida. ¿Cómo se llamaba?

—Eres un mocososo persistente, lo reconozco. —Remion levantó la cabeza y contempló la primera estrella—. Era de Minerías. Luchamos contra Plaetra, y perdimos. Fue una masacre. No quedaron hombres suficientes para defender las murallas. —Parpadeó rápidamente, con los ojos fijos en algo más allá de la fría luz de las estrellas—. Tenía nueve años.

Sin más palabras, empezó a bajar por la colina en dirección a Isca, con la lanza en un hombro, el escudo en el otro y el casco de cuero golpeando el borde del escudo a cada paso, como una campana sorda y fatigada. Rictus observó cómo se alejaba, siguiendo la sombra en

que se convirtió, hasta verlo perderse entre la multitud de hombres concentrados en torno a las puertas.

Solo. Sin ciudad. Ostrakr. Los hombres que eran exiliados de su ciudad por un delito a veces preferían suicidarse a vagar por la tierra sin ciudadanía. Para los macht, la ciudad significaba luz, vida y humanidad. En el exterior sólo había pinos negros y un cielo vacío, el mundo de los kufr. Un mundo que les era ajeno.

Rictus se golpeó con los puños los muslos helados y se puso en pie. Mirando el cielo, encontró, como le había enseñado su padre, la estrella brillante que era la Flecha de Gaenion. Si la seguía, iría rumbo al norte. Hacia su hogar.

Aquella noche se convirtió en un ejercicio de encontrar a los muertos y evitar a los vivos. A medida que crecía la oscuridad, le resultó más fácil mantenerse alejado de las patrullas que recorrían el campo como perros tras el rastro de una liebre. Muchas de ellas llevaban antorchas, y los hombres se mostraban ruidosos como juerguistas. Sus idas y venidas eran puntuadas por chillidos de mujeres y gritos de agonía de hombres desesperados, acorralados y aniquilados como parte de la diversión de la noche. Las colinas estaban llenas de aquellos juerguistas con antorchas, hasta que a Rictus le pareció que había más enemigos entre los riscos y bosques de pinos en torno a Isca que en el ejército que se había enfrentado a él en el campo de batalla.

Los muertos eran más difíciles de encontrar. Estaban esparcidos entre las oscuras sombras bajo los árboles. Rictus tropezó con un montón de ellos, y por un instante apoyó la mano sobre la máscara fría de un rostro humano. Se apartó con un grito que le volvió a hacer sangrar la herida del costado. En general, los cadáveres habían sido saqueados, en ocasiones incluso privados de la ropa. Yacían pálidos y endurecidos por el frío. En la oscuridad, habían empezado a congregarse a su alrededor las manadas de vorine, los depredadores grises de las colinas.

Un hombre sano, en pie, alerta y descansado no tenía por qué temer a los vorine, pero un hombre herido y oliendo a sangre, tambaleándose de fatiga... podía atraer su interés. Cuando le rodearon, con sus ojos verdes parpadeando en la oscuridad, gruñeron su amenaza a Rictus, y éste les respondió con otro gruñido, tan animal como ellos. Piedras, palos, bravuconería: les derrotó con todo ello hasta que se marcharon a buscar presas menos vivas.

Despojó a un cadáver de su quitón de manga larga, sin preocuparse por la sangre que lo endurecía. El muerto yacía sobre una lanza rota, un aichme con unos tres pies de asta todavía clavada. Una vez abrigado y armado, Rictus tembló un poco menos. Los vorine podían

oler el bronce, y le dejaron en paz. Las patrullas de las antorchas empezaron a inspirarle furia además de miedo, y en su cabeza Rictus fantaseó con sorprenderlas en su bárbara tarea, obrando maravillas escarlatas con el muñón de su lanza en la mano. La fantasía flotó sobre su mente durante varios pasangs hasta que la reconoció como lo que era: un destello del otro lado del velo de Antimone. La apartó de su cabeza y se concentró en el camino que tenía delante, una cinta pálida bajo las estrellas que corrían por entre la oscuridad nocturna de los árboles.

Una patrulla pasó junto a él mientras permanecía tumbado, acurrucado contra las fragantes agujas de pino a un lado del camino. Tal vez una docena de hombres, con los escudos ligeros de las tropas de segunda línea: peltas de mimbre cubiertas de pieles. El signo de mirian estaba dibujado sobre ellas con pintura amarilla. Eran hombres de la ciudad costera, Bas Mathon. Rictus había estado allí con su padre muchas veces, pese a que se encontraba a ochenta pasangs al este. Recordaba a las gaviotas chillando sobre los muelles, los botes pesqueros de alta proa, las cestas de carpas y horrin, relucientes como puntas de lanza cuando los izaban hasta los muelles. Sol de verano, una imagen de otra época. Dio en silencio las gracias a la diosa por regalarle aquel recuerdo.

Los hombres bebían licor de cebada en odres de cuero; apretaban las hinchadas bolsas hasta que el líquido se elevaba en el aire, y entonces peleaban y reían como niños para situar la boca bajo el chorro cuando descendía. Entre ellos cojeaban dos mujeres, descalzas y desnudas, con la cabeza baja y las manos atadas delante de ellas. A juzgar por los moratones que las cubrían, habían sido capturadas a primera hora del día. Una de ellas tenía la parte interior de los muslos cubierta de sangre, y sus pechos justo empezaban a florecer. Apenas era una mujer.

Pasaron junto a Rictus como la imagen retorcida de una fiesta en honor al dios del vino, a la que sólo le faltara la música de flautas para completar el cuadro. Rictus permaneció largo tiempo tumbado en la oscuridad cuando se hubieron marchado, dejando que la sombra regresara a sus ojos tras la deslumbrante luz de la antorcha, y viendo, más allá de la oscuridad, el rostro desesperado de la muchacha, con los ojos inexpresivos como los de un cordero degollado. Se llamaba Edrin. Era de la granja contigua a la de su padre. Había jugado con ella de niño. Tenía cinco años más que ella, y la había llevado a caballo.

Era medianoche cuando Rictus se encontró de nuevo al extremo del valle de su padre. El lugar se llamaba Andunnon, aguas tranquilas. Había algo más de luz. Rictus levantó la vista y vio que las dos

lunas se elevaban sobre los árboles. La gran Phobos, la luna del miedo, y la reluciente Haukos, la luna de la esperanza. Se inclinó ante ellas, como debía hacer todo hombre, y se puso en marcha colina abajo hacia donde el río centelleaba entre los pastos al fondo del valle.

Conocía tan bien aquel camino, incluso a oscuras, que le hubiera resultado imposible golpearse siquiera un pie contra una piedra. Los olores a ajo silvestre en la linde del bosque, el tomillo en las rocas, el barro bajo sus pies le eran tan familiares como el latido de su propio corazón. Se permitió a sí mismo albergar alguna esperanza por primera vez desde que la línea de batalla se había roto aquella mañana. Tal vez aquel lugar había sido pasado por alto. Tal vez su vida no estaba aún arruinada sin esperanza. Tal vez pudiera salvar algo. Algo...

El olor se lo reveló. Acre y extraño, invadía todo el fondo del valle. Había habido un incendio. No era humo de leña, sino algo más pesado, más negro. Rictus aflojó el paso. Se detuvo por completo durante unos segundos, y luego se obligó a continuar. Por encima de él, el frío rostro de Phobos se elevó más en el cielo nocturno, como si quisiera alumbrar su camino.

Rictus había nacido tarde. Su padre era ya un veterano canoso cuando lo concibió; un caso muy parecido al de Remion, si lo pensaba bien. Su madre había sido una salvaje de las colinas, procedente de una de las tribus de cabreros del norte. Había sido entregada a su padre por un jefe salvaje en pago por sus servicios en la guerra, y él la había convertido no en esclava sino en esposa, porque era aquel tipo de hombre.

Tal vez la sangre de la montaña, el alma de los nómadas, era demasiado intensa y refinada para encadenarla al cultivo de la tierra. Hubo hijos (dos chicas), pero ambas murieron de fiebre del río antes de tener un solo diente. Con los años, Rictus se había hecho muchas preguntas sobre aquellas hermanas muertas que ni siquiera habían tenido la oportunidad de adquirir una personalidad. Le hubiera gustado tener hermanas, compañía de su misma edad mientras crecía.

Pero era mejor que hubieran muerto cuando lo hicieron.

Rictus había llegado apenas seis meses después de sus muertes, un niño luchador, sonrojado y bronceado, con una espesa melena de cabello color bronce y los ojos grises de su madre. No había nacido en la granja. Su padre se había llevado a su joven esposa embarazada a la costa, a uno de los pueblos pesqueros al sur de Bas Mathon. No quería que la fiebre del río se llevara a otro de sus hijos. Allí, bajo el limpio aire salado, Rictus había venido al mundo con las olas del mar Machtio chocando contra la costa a cincuenta pasos de distancia.

Su madre le dio fuerzas, pero a costa de perder las propias: le había dado a luz agazapada sobre una manta con Zori afanándose a su lado, y luego el padre de Rictus la había llevado a su cama alquilada para que muriera desangrada con más comodidad. Sus cenizas habían sido traídas desde las orillas del mar y esparcidas en los bosques que contemplaban la granja, como las de sus hijas muertas antes que ella. Rictus nunca había sabido su nombre. Se preguntó si lo estaría vigilando en aquel momento. Se preguntó si su padre andaría a su lado, con sus hijas sonrientes en brazos.

Habían quemado la granja y ahuyentado el ganado. La casa era una ruina destripada y humeante abierta al cielo. Rictus se dirigió a la puerta principal y, como había esperado, casi todos los cadáveres estaban allí. Habían luchado hasta que el tejado en llamas se hundió a su alrededor. Reconoció a su padre por los dos dedos que le faltaban en la mano de la lanza. Él solía llamarlos su dote de guerra. De no haber sido por aquella antigua herida, se hubiera encontrado aquel día en la línea de batalla junto a su hijo, luchando por su ciudad como debía hacer todo ciudadano libre. El consejo le había eximido por sus buenos servicios en el pasado. Durante su juventud, había sido un rimarch, o cerrador de filas. En la falange, los mejores hombres se situaban delante y detrás de las filas, para mantener en línea a los más pusilánimes y conducirlos al othismos, el cataclismo del cuerpo a cuerpo que era el corazón de toda guerra civilizada.

Junto al padre de Rictus yacía Vasio, y su calva era la única parte de él que no había quedado ennegrecida por las llamas; debía de haber llevado su viejo casco de hierro, pero éste había desaparecido. Y Lorynx, el perro favorito de su padre, yacía a los pies de su amo con la carne desgarrada y el pelaje chamuscado. Todos habían muerto hombro a hombro. Estudiando el terreno en torno a la casa bajo la brillante luz de la luna, Rictus contó ocho rastros de sangre diferentes que habían ennegrecido la tierra batida del patio y que empezaban a resplandecer de escarcha. Una buena defensa.

Los ojos le escocían. El incendio había mantenido a los vorine alejados de los cadáveres, pero pronto recuperarían el coraje. Las cosas debían hacerse bien; su padre no toleraría lo contrario. Rictus soltó su lanza rota, y con una mano desgarró el cuello de su quitón robado. Con los ojos muy abiertos, miró a Phobos y Haukos y empezó a entonar el himno grave y lento en honor a los muertos, el Peán, parte de la antigua herencia de los macht como un solo pueblo. Los hombres lo cantaban en la muerte de sus familiares y al entrar en batalla, y su ritmo ayudaba a mantener los pasos uniformes. Rictus lo había entonado aquella mañana, con el corazón henchido de orgullo mientras la falange iscana avanzaba al encuentro de su destino.

Reunió los cadáveres, luchando contra las náuseas cuando la carne ennegrecida se desprendía bajo sus manos, revelando el hueso blanco como en un asado. Encontró a Zori junto a la chimenea central de la casa, bajo un montón de ramas del tejado chamuscadas. Se había vestido con sus mejores galas para el final, y no había sido tocada por los invasores. Pidiéndole perdón, Rictus le quitó del cuello su mayor orgullo y alegría, su colgante de coral, antes de volver a colocar sobre su rostro lo que quedaba del velo. Lo necesitaría, le dijo. Ella nunca le había negado nada, y había sido su madre en todas las cosas excepto la sangre.

Había suficientes ascuas rojas para encender la pira. Rictus amontonó ramas rotas, heno y la silla favorita de su padre sobre los cuerpos de sus familiares, y sobre ellos colocó al perro, para que vigilara la puerta de su amo en la vida futura. Rompió un frasco de licor de cebada sobre la pira, que se encendió con un estallido blanco de llamas hambrientas. Volvió a entonar el Peán, en voz más alta, para que lo escuchara el espíritu de su madre y pudiera acudir a recibir a su esposo. Permaneció junto a la hoguera de su pasado durante mucho rato, sin estremecerse cada vez que la carne estallaba y se encogía por el calor. Continuó observando, con los ojos secos, hasta que las llamas empezaron a disminuir. Luego se tumbó junto a la hoguera, con su trozo de lanza a mano. Y, por suerte, finalmente se quedó dormido.

3

La compañía de la carretera

Gasca se apretó la capa en torno a los hombros, y trató de cubrirse la oreja derecha con un pliegue para que la nieve no encontrara una entrada tan fácil. Era una buena capa, de cuero de cabra con el borde de piel de perro, pero había pertenecido a su hermano mayor antes que él, y el muy cabrón la había dejado muy desgastada. Además, ninguna capa podría aislar de la intensidad del viento de aquella noche. Pero el pueblo que había establecido su hogar en los altiplanos de las Harukush había crecido junto a aquel viento. De modo que Gasca se sacudió su incomodidad, como debía hacer un hombre, y mantuvo la cabeza alta, usando la lanza como bastón para abrirse camino a través de la cellisca traicionera que era la carretera, mientras su brazo izquierdo luchaba por impedir que su escudo de bronce aleteara como el sombrero de un anciano.

La carretera de Machran no estaba llena, pero los que tenían necesidad de viajar por ella en aquella época del año tendían a agruparse. Por las noches era más fácil acampar, y se habían establecido acuerdos informales. Los hombres recogían leña, las mujeres traían agua. Los niños molestaban a todo el mundo, y eran ahuyentados por todos los adultos. Era más seguro dormir en un campamento grande, pues los salteadores y bandidos abundaban en aquella parte de las colinas. Como soldado armado, Gasca había sido al principio evitado, luego cortejado y finalmente bien recibido en los grupos de viajeros. Tenía buena voz, modales agradables y, si no era el más atractivo de los hombres, tenía a su favor la alegría y tolerancia de la juventud.

La compañía que se dirigía a Machran era muy variada. Delante iban dos mercaderes, con sus esforzados asnos cargados con toda clase de sacos y bolsas. Hombres altaneros, que se habían negado a revelar la naturaleza de su carga, pero fue fácil oler las bayas de junípero y las pieles a medio curar cuando el fuego empezó a calentarlas. Detrás iban dos parejas jóvenes, los hombres posesivos como

ciervos junto a sus nuevas esposas, y las chicas coquetas como sólo pueden serlo las mujeres casadas. Luego estaba una matrona de pelo gris y voz de sargento, en torno a cuyas faldas se agrupaban media docena de rapaces harapientos, huérfanos fugitivos de alguna guerra en el lejano norte. Los llevaba a la capital para venderlos, y los cuidaba con la atención que un hombre podía dedicar a un perro de caza. Ya había ofrecido a Gasca una de las chicas, pero a él no le gustaba la carne tan tierna y, además, no tenía dinero que gastar en tales indulgencias. Los niños parecían percibir la compasión inherente a su naturaleza, y al llegar la noche uno o dos de ellos se metían invariablemente bajo su capa y dormían apretados junto a él. No le importaba, porque le proporcionaban calor, y si estaban llenos de parásitos, también lo estaba él.

El variopinto grupo llevaba cinco días en la carretera, y sus miembros se habían convertido en compañeros de viaje, que compartían comida y anécdotas y a veces llegaban al extremo de revelar una parte de sus historias personales en torno a los hogueras. Los dos mercaderes se habían ablandado un poco y, mientras bebían un vino execrable, habían contado historias exageradas sobre las batallas en que habían participado en su juventud. Los jóvenes esposos, una vez liberados de sus sacos de dormir y con los rostros ya limpios de sudor, revelaron a la compañía que eran hermanos, casados con hermanas, y aprendices de un famoso armero de Machran, llamado Ferrius de Afteni, que les enseñaría sus secretos y les convertiría en hombres ricos, artistas además de artesanos.

La matrona alcahueta, mientras despiojaba el cabello de uno de sus protegidos, ensalzó las virtudes de cierta casa de muros verdes en la calle de los Tejedores, donde un hombre podía saciar cualquier deseo que le dictaran sus apetitos, y a un precio muy razonable.

—¿Y tú, soldado? —dijo a Gasca uno de los mercaderes por encima de la hoguera—. ¿Qué te lleva a Machran? ¿Vas a vender tu lanza?

Gasca se sirvió algo más de vino. Supuso que estaba hecho de raíces, con sangre de cabra y miel. Los había bebido peores, pero no recordaba cuándo.

—Voy a vestirme con la capa roja —admitió, secándose la boca y arrojando el odre flácido a uno de los demacrados esposos.

—Eso pensé. No hay nada dibujado en tu escudo. De modo que pintarás un símbolo mercenario y te vestirás de escarlata. ¿Bajo qué comandante?

—Bajo el que me acepte —repuso Gasca, sonriendo.

—Me apuesto algo a que eres un hijo menor.

—Tengo dos hermanos mayores, las niñas de los ojos de mi padre. Yo no tenía más elección que la capa roja o la cabaña de un cabrero.

Y mis dedos son demasiado grandes para rodear las tetas de una cabra.

Los hombres en torno al fuego se echaron a reír, pero había algo furtivo en su modo de mirarle. Aunque todavía era muy joven, Gasca era tan corpulento como dos de ellos juntos, y la coraza de lino encolado que llevaba estaba manchada de sangre antigua. Había pertenecido a su padre, como el resto de la panoplia que portaba. Robarla no había resultado fácil, y uno de sus mimados hermanos mayores había recibido unos cuantos golpes antes de que Gasca pudiera abandonar finalmente las tierras de su padre. Las armas y armadura que llevaba eran todo lo que poseía en el mundo, una herencia que consideraba su derecho.

Uno de los jóvenes esposos tomó la palabra. Su esposa se había reunido con él junto al fuego, con una sonrisa de gata perezosa en el rostro.

—He oído decir que se está reuniendo un gran ejército —dijo—. No sólo en Machran, sino también en otras ciudades de las montañas. Hay un capitán llamado Phiron, de Idrios. Está contratando mercenarios a centenares. Y es un hombre que porta la maldición.

—¿Dónde oíste eso? —le preguntó su esposa.

—En una taberna de Arienus.

—¿Y qué taberna era ésa?

La mente de Gasca empezó a meditar mientras la discusión crecía al otro lado de la hoguera. Su propia ciudad, Gosthere, donde tenía derecho a votar en la asamblea, era un simple pueblo rodeado por una empalizada junto al nacimiento del río Gerionin, a doscientos cincuenta pasangs en el interior de las montañas. Más que por otra cosa, iba a Machran porque deseaba ver una verdadera ciudad. Algo construido con piedra, con calles pavimentadas sin ríos de mierda corriendo por el medio. En su petate llevaba un ejemplar de la *Constitución* de Tynon, que describía las grandes ciudades de los macht como si todas estuvieran hechas de mármol, pobladas de estatuas y gobernadas por solemnes debates en asambleas bien organizadas, no como las bulliciosas reuniones que tenían lugar en Gosthere. Aquello era algo que deseaba ver y, si no existía en Machran, posiblemente nunca había existido en ninguna parte.

Servir bajo un hombre que portaba la maldición; eso sería algo digno de contarse. Gasca nunca había visto ninguno. La nobleza de Gosthere no tenía semejantes distinciones. Se preguntó si las historias sobre la armadura negra serían ciertas.

«Soy joven», pensó Gasca. «He combatido a hombre y a lobo. Tengo una panoplia completa. No quiero ser el dueño del mundo; simplemente quiero verlo. Quiero beberlo a cubos y saborear cada trago.»

—Y esa zorra, esa cerda cabrera... estaba allí, ¿no es cierto?

—Mujer, te he dicho que sólo fue durante una clepsidra, nada más.

Gasca se tumbó sobre su capa, se cubrió con sus pliegues y contempló las estrellas. Junto a las lunas había jirones y destellos de nubes. Sería una noche muy fría. De niños, él y sus hermanos habían enterrado ascuas bajo sus jergones en las noches como aquella pasadas en los pastos altos. Habían bromeado unos con otros al son de los cencerros de las cabras, y Felix, el perro de su padre, siempre dormía junto a Gasca. Cuando gruñía en la oscuridad, todos se ponían en pie al momento, tiritando de frío y tendiendo la mano hacia sus pequeñas lanzas. Gasca tenía trece años cuando mató a su primer lobo. Como todos los hombres de su ciudad, había esculpido uno de sus colmillos. Allí tumbado, lejos de su hogar, se llevó la mano al cuello y lo tocó, cálido por el contacto con su cuerpo. Durante un momento, sintió el dolor de la pérdida, recordando a sus hermanos durante la niñez de todos ellos, antes de las complicaciones de la edad adulta. Luego gruñó, se envolvió mejor en su capa y cerró los ojos.

Cuando despertó descubrió que dos de los rapaces se habían deslizado bajo su capa durante la noche y estaban pegados a él como avispas en la colmena. En el calor de la capa, todos los parásitos habían cobrado vida, de modo que le picaba todo el cuerpo. De todas formas, no sentía deseos de levantarse, pues la capa y el suelo de alrededor estaban cubiertos por un ligero manto de nieve que se había helado, y el sol que empezaba a asomar sobre las montañas había encendido un millón de puntas afiladas de luz rosada. Incluso los troncos del fuego estaban cubiertos de escarcha. Al parpadear, Gasca sintió que sus cejas crujían.

Los niños gritaron cuando apartó la capa y se puso en pie, golpeando las sandalias contra el suelo duro como la piedra y desentumeciendo su cuerpo. Se dirigió a la cuneta y orinó, en pie entre una nube acre de su propia creación, mientras parpadeaba para ahuyentar el sueño de los ojos. Mirando arriba y abajo, vio que la carretera estaba vacía en ambas direcciones. Hacia el sur desaparecía entre dos colinas blancas y empinadas, en una de cuyas cimas asomaban las ruinas rocosas de una ciudad. Era Memnos. Habían tenido la esperanza de verla aquella mañana al despertar. Machran se encontraba ya sólo a unos treinta pasangs, una distancia que podía cubrirse fácilmente en un día. Aquella noche dormirían bajo techo, los que pudieran permitírselo. Gasca se había prometido una buena comida y un vino digno de tal nombre. Con una mueca, escupió el sabor del de la noche anterior sobre la carretera.

Algo se movió entre los árboles. Los constructores de la carretera habían talado los bosques de cada lado hasta una distancia de un tiro de flecha, y aunque los que la mantenían en la actualidad no lo hacían igual de bien, seguía habiendo unos cien pasos de terreno abierto antes de que empezara la maraña de arbustos y pinos enanos. A la luz del alba, el vapor de la orina de Gasca se secó mientras observaba la pálida silueta de un rostro moviéndose entre los árboles. Se volvió al instante y corrió hacia el campamento, apartando de un puntapié a uno de los chiquillos que se desperezaba. Su lanza estaba resbaladiza por la escarcha, y la maldijo cuando se deslizó entre sus dedos.

Cuando hubo regresado a los bosques, la figura era visible. Un hombre caminaba hacia la carretera, con los brazos separados del cuerpo y una lanza de una sola punta en un puño. El hombre la clavó en el suelo con la punta hacia abajo por falta de regatón, y se acercó con ambas palmas abiertas en el gesto universal. *Vengo en son de paz*. La respiración de Gasca se tranquilizó. Dio un paso al frente. Otros miembros de la compañía estaban saliendo de sus sacos de dormir, apartando las coberturas y tratando de encontrar un sentido a la mañana. Uno de los niños más pequeños lloraba sin consuelo, azul de frío.

Gasca se situó entre la figura que se acercaba y el campamento, y plantó el regatón de su propia lanza en la cuneta. Deseó haberse puesto el casco de su padre.

—¿Qué quieres? Habla rápido. Tengo buenos hombres conmigo —dijo en voz alta, esperando que tales hombres estuvieran levantados. Estudió los árboles, pero nada más se movía. Por el momento, al menos, aquel hombre estaba solo. Pero ello no significaba nada. Podía tener veinte secuaces ocultos entre los árboles, esperando a hacer un recuento de la compañía.

El hombre era alto, tanto como Gasca, aunque no tan corpulento. De hecho, su aspecto era demacrado y hambriento. Su quitón estaba sucio y desgastado, con el cuello desgarrado en la antigua señal de luto, y tenía una manta colgada como una bolsa en torno al torso. Llevaba un cuchillo a la cintura, colgado de un cordel. Una cicatriz arruinaba el centro de su labio inferior.

—Vengo en son de paz. Tenía la esperanza de compartir vuestro fuego —dijo el hombre.

Los dos mercaderes y los jóvenes esposos se unieron a Gasca en la cuneta, blandiendo mazas y cuchillos.

—¿Le matamos? —preguntó ávidamente uno de los esposos.

—Aún no nos ha robado. Dejadle hablar —dijo Gasca.

Era joven. Cuando todos pudieron verlo de cerca, se dieron cuenta

de que no era más que un muchacho muy desarrollado. Hasta que uno le miraba a los ojos. Dirigió su mirada a Gasca, y su expresión era de total indiferencia.

«Podría matarle aquí y ahora, y no movería un solo dedo», pensó Gasca.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, con más gentileza de la que había pretendido.

—Rictus.

—¿De qué ciudad?

El hombre delgado vaciló.

—Era de Isca —dijo al fin—. Cuando Isca aún existía. —Sus ojos se endurecieron—. Sólo deseo viajar con vosotros hasta Machran. No tengo malas intenciones. Y estoy solo. —Levantó sus manos vacías.

—Acércate al fuego —dijo Gasca—. Si podemos reavivarlo.

—¿Isca? —dijo uno de los mercaderes—. ¿Qué le ha sucedido a Isca?

El hombre llamado Rictus volvió la cabeza. Tenía unos ojos como limaduras de hierro gris, fríos como el mar.

—Isca ya no existe.

—¿De veras? Por los dioses. Ven, muchacho. Siéntate y cuéntanos más.

El hielo se había roto. Una forma amenazadora surgida de los bosques se había convertido en un joven fatigado que hablaba con educación. Se reunieron en torno a él, tal vez alegrándose por la perspectiva de una nueva historia, de una noticia que no resultara manida, sino fresca y reciente. Gasca retrocedió, todavía observando aquella demacrada aparición. El llamado Rictus no se movió. Algo relució en sus ojos: dolor. Gasca comprendió que se estaba arrepintiendo de lo que había hecho. Volvió a hablar.

—Dejadme ir a por mi lanza.

Se tensaron. El joven miró a Gasca.

—Ve a buscarla —dijo Gasca, y se encogió de hombros.

Algo de humanidad en sus ojos, al fin. El hombre asintió, y regresó por donde había venido.

—¿No crees que pueda ser una trampa, o un bandido? —preguntó uno de los jóvenes esposos.

Gasca se disponía a responder, pero fue el grueso mercader quien habló primero.

—Mira su cara. Dice la verdad. He visto esos ojos antes. —El rostro del mercader se tensó. Por un segundo, fue posible ver al soldado que había sido en sus años mozos—. No tenemos nada que temer de ese muchacho. Ya ha hecho su ofrenda a la diosa.

Volvieron a encender el fuego, arrancando de su cadáver ennegrecido una sola mota roja de calor vivo. Consiguieron convertirla en una llama y, con la adición de los calderos de cobre, pronto tuvieron agua hirviendo, y pusieron cebada a cocer. El campamento recuperó algo de su animación habitual, aunque dejaron una distancia considerable de aire frío entre el recién llegado, Rictus, y los demás. La cosa se solucionó cuando uno de los chiquillos se le acercó, y finalmente se instaló en el hueco de su brazo con aire desafiante. Rictus pareció sobresaltado, luego complacido y luego severo como el cuenco de un herrero. Por su postura, uno hubiera pensado que tenía un asta de lanza por espina dorsal. Y tenía tanto frío que el calor del niño a su lado le provocó finalmente escalofríos, y empezó a tiritar con los dientes apretados.

El más grueso de los mercaderes, del que Gasca había deducido que era un buen hombre, arrojó el odre de vino a Rictus.

—Bebe, por los dioses, por todos nosotros. Bebe un poco, muchacho. Ofrece una libación si lo deseas. Trata de borrar esa expresión de tus ojos.

Rictus tomó el odre y bebió. Bebió como si fuera la última cosa que fuera a hacer. Y mientras sus mejillas estaban aún hinchadas de vino, vertió un chorro de la boca del odre para que formara un charco en el suelo.

—Es un buen vino... —gritó el mercader más delgado.

—Cierra la boca —le dijo el más grueso, y Gasca asintió cuando sus ojos se encontraron. Las formas existían. La decencia existía. Un hombre no podía calcular el precio de todas las cosas y sin embargo ignorar su valor.

Con los dientes desnudos por un momento a causa del mal sabor del vino, Rictus miró a Gasca y señaló con la cabeza hacia los arbustos del lado oeste de la carretera.

—Ahí detrás, puede que a dos pasangs, o uno y medio, hay ocho hombres en torno a una hoguera apagada discutiendo sobre la mejor manera de tenderos una emboscada.

Se hizo el silencio en torno a su propio fuego. La alcahueta preguntó:

—Y son amigos tuyos, ¿verdad?

—Si lo fueran, ¿estaría aquí?

El mercader grueso se pasó los dedos por la barba.

—¿Ocho, dices? ¿Por qué no nos han atacado ya? El amanecer y el ocaso son los mejores momentos para esas cosas.

—Se pelearon por quién se quedaría con las mujeres, con las dos jóvenes. Ayer discutieron por ello, luego se emborracharon y se durmieron. Ahora se están armando, con la idea de atacarnos en algún

momento del día de hoy, antes de que podáis acercaros demasiado a Machran.

Los dos esposos se miraron, muy pálidos, y luego a sus esposas. La expresión en el rostro de las mujeres hizo pensar a Gasca en un conejo que una vez había atrapado vivo en una trampa.

—¿Y cómo es que te enteraste de sus discusiones? —preguntó el mercader grueso.

—He estado viajando con ellos. Yo también estuve bebiendo anoche junto a su fuego.

—Un bandolero —espetó el mercader delgado, y limpió su afilado cuchillo de comer—. Él mismo lo reconoce.

—Quieto —dijo su colega. Y añadió, mirando a Rictus—: ¿Qué te ha hecho venir a avisarnos?

—He visto demasiadas veces ese tipo de muerte. Lucharé contra ellos junto a vosotros, si me aceptáis.

Gasca se levantó del lado del fuego y se dirigió de nuevo a la cuneta. El sol, la poderosa Araian, había abandonado el lecho, y se elevaba envuelta en harapos de nubes escarlata y doradas, mientras el brillo de la nieve aumentaba momento a momento. Miró a su alrededor, a los amplios espacios que les rodeaban, a las colinas que enmarcaban la carretera, y a las ruinas de la saqueada Memnos, que se erguían blancas y negras entre sombras y nieve.

—Debemos recoger —dijo—. Si nos atrapan en marcha, no tendremos ninguna posibilidad. Hemos de llegar a las colinas, tener la espalda contra algo. Esas murallas rotas; podemos subir allá arriba y luchar desde las alturas. —Se volvió de nuevo—. ¿Qué armas tienen?

—Lanzas, espadas, jabalinas. Ningún arco ni escudos, ni siquiera una pelta.

—¿Están despiertos?

Rictus pensó un momento. Su calma era increíble. «No le importa», pensó Gasca. «Quiere hacer lo correcto, pero no podría importarle menos si vive o muere hoy.»

—Irán despacio, y tendrán resaca. Hay tiempo. No mucho, pero tal vez el suficiente.

—Haremos lo que dice el muchacho —dijo bruscamente el mercader grueso, levantándose—. Hora de ponerse en marcha.

—Seremos más rápidos —dijo desesperadamente uno de los jóvenes esposos—. Faltan treinta pasangs hasta Machran. Puedo correr esa distancia.

—¿Y tu esposa? —preguntó el mercader—. ¿Y esos niños? Si nos separamos, nos capturarán uno a uno. Luchando juntos, en un buen terreno, podemos hacerles daño, tal vez el suficiente para que se lo piensen dos veces.

—Sólo piensas en las mercancías cargadas sobre tu asno.

—Entre otras cosas. Corre, si quieres. Ellos también tienen piernas. Estarás muerto antes de que anochezca, y tu mujer será una esclava violada.

Recogieron los sacos de dormir, las mujeres jóvenes sollozando y los niños asustados por el miedo que percibían en los adultos. Dejaron el fuego ardiendo y emprendieron la marcha hacia el sur a buen paso. El mercader grueso era el más lento. Gasca tomó la rienda de su asno y tiró del animal, mientras el hombre se agarraba a su rabo, sudoroso. Abandonaron la carretera, y la marcha se hizo mucho más difícil mientras ascendían por la ladera de la colina hacia las ruinas de arriba. Cuando la niña más pequeña empezó a rezagarse, Rictus se la cargó a la espalda, y ella se le agarró con una amplia sonrisa en el rostro, gritando su triunfo en dirección a los otros niños. El mercader flaco hizo una pausa para recuperar el aliento y miró hacia abajo. Lanzó un grito, y todos se detuvieron y volvieron la cabeza. Un grupo de hombres había salido de entre los árboles, y se movían rápidamente, negros como cuervos contra la nieve.

El miedo dio velocidad a los miembros de la compañía. Pasaron a través del enorme arco roto que había sido la puerta principal de Memnos y provocaron que una sobresaltada bandada de golondrinas levantara el vuelo de entre las piedras. La nieve era más profunda allí, hasta la pierna de un hombre. Gasca soltó la rienda del asno y corrió hacia adelante, con su escudo y su yelmo rozándole la espalda al saltar. Las ruinas abarcaban una extensión muy grande, y de no haber habido nieve, tal vez hubiera sido posible ocultar al grupo entre ellas y evitar el combate; pero sus huellas estaban tan claras como una hilera de banderas. Miró a su alrededor como un perro que persiguiera un rastro, y asintió al encontrar lo que buscaba.

—Las murallas —dijo, al reunirse con los otros—. Hay una escalera que conduce a una buena sección, y una torre que todavía tiene puerta. Subiremos hasta allí, los hombres defenderán la escalera y los demás se ocultarán en la torre.

—¿Y nuestros animales? —preguntó el mercader flaco, jadeando.

—Tendrán que quedarse abajo.

—Me arruinaré —gimió el mercader flaco. Pero no discutió.

Desde la cima de la muralla podían ver a varios pasangs a la redonda. Sus atacantes aún ascendían por la pendiente nevada. La carretera estaba vacía; no había ningún otro viajero que pudiera proporcionarles aliados o una distracción. El mundo era un escenario enorme y brillante rodeado de montañas, con la nieve elevándose de las cumbres en cintas y pendones, y arriba un cielo immaculado, azul pálido, azul como los ojos de un niño. Sólo los pinares

proporcionaban un contraste oscuro, con sus profundas sombras bajo las ramas.

—Mira —dijo Rictus. Se situó junto a Gasca y señaló. Había un destello en sus ojos.

Machran. Hacia el sur, las montañas se abrían en un enorme valle, de tal vez cincuenta pasangs de ancho, y en aquella zona de tierras altas el campo era un mosaico de bosques y prados, con las partes más bajas libres de nieve, y verde, verde como un sueño de primavera. La propia Machran era una mancha borrosa, una mota ocre sobre la capa del mundo, y de ella se elevaba el humo de diez mil hogares, en columnas grises que ensuciaban el cielo. Desde aquellas alturas parecía que un hombre ayudado por el viento pudiera saltar hasta allí en cuestión de minutos. Gasca sonrió.

Hubo un grito abajo. Sus atacantes les habían visto. Ciertamente, eran ocho. Se habían atado las capas por encima de los codos; vestían con pieles de oveja o de zorro todavía con el pelaje intacto, y botas altas. Sus barbas eran negras, largas y enredadas como el rabo de una vaca.

—Hombres cabra —dijo Gasca, usando el término despectivo reservado para los hombres que no tenían ciudad y merodeaban por las tierras altas de las Harukush, y de quienes se decía que dormían en cuevas y compartían a sus mujeres—. ¿Viajabas con ellos?

—Los encontré por casualidad —dijo Rictus.

—Me sorprende que no te mataran al instante.

—Lo intentaron —dijo Rictus, todavía con el mismo tono tranquilo—. Me entrené en Isca. Les convencí de que ello podía ser útil.

—Ah, Isca —dijo Gasca. Había oído las historias. No era el momento de volver a oírlas—. Hoy necesitarás de todo tu entrenamiento.

Ocuparon su lugar en la parte alta de las escaleras. Había espacio suficiente para los dos, pero el suelo estaba resbaladizo por la nieve pisoteada. Gasca se puso el casco de bronce de su padre, e inmediatamente todos los sonidos quedaron amortiguados por el ruido marino del interior. Había pensado en no utilizarlo, pero sabía lo temible que les resultaría a los hombres de abajo ver un casco con cresta. Le convertiría en un ser sin rostro, y ocultaría el miedo que pudiera llenar sus ojos.

Retiró de los hombros el peso de su escudo y se lo colgó del brazo. El roble reforzado con bronce le cubrió de hombros a muslos.

—Empezarán con las jabalinas —dijo a Rictus—. Quédate a mi espalda hasta que terminen.

—Preferiría moverme libremente.

—Como quieras.

Tras Rictus y Gasca se situó el mercader grueso, con el rostro aún

brillante de sudor, y uno de los esposos. Detrás, el mercader flaco y el otro esposo. Sólo Rictus y Gasca tenían lanzas. El resto iban armados con cuchillos y bastones, el armamento habitual de los viajeros, pero de poca utilidad aquel día a no ser que el enemigo consiguiera subir hasta lo alto de la muralla.

Les llegó un áspero rebuzno desde abajo. El mercader flaco maldijo en nombre de Apsos, dios de las bestias.

—Se comerán a los malditos asnos. Hombres cabra. Son peores que animales.

Tras los seis hombres, los gritos de los niños que lloraban surgían de la puerta de la arruinada torre de vigilancia.

—Me gustaría que esos mocosos fueran mudos —dijo el mercader flaco.

—Me gustaría que tú fueras mudo —murmuró su grueso colega.

Los hombres cabra alcanzaron el pie de la muralla, vigilando por si caían proyectiles. Cuando vieron que los defensores no los tenían, se volvieron más osados y se acercaron más. Dos de ellos se pusieron a conversar y señalaron a Gasca, con toda su panoplia, severo y temible como una estatua de la guerra encarnada.

—Si llevara un harapo rojo sobre los hombros, se largarían —murmuró a Rictus. El iscano no le respondió. A pesar del frío, Gasca estaba sudando, y el pesado escudo tiraba de su bíceps derecho. Había matado lobos, y derrotado a otros hombres en peleas de taberna, pero aquélla era la primera vez que se encontraba deseando hundir la punta de su lanza en el corazón de otro hombre.

Se sobresaltó cuando Rictus lanzó un grito junto a él, lleno de rencor repentino.

—¿Tenéis miedo? ¿De qué tenéis miedo?

Durante un segundo, la ira inundó los miembros de Gasca, que pensó que el iscano hablaba con ellos; luego comprendió que Rictus gritaba a los hombres de abajo. Volvió la cabeza y, a través de las reducidas ranuras de su casco, vio que Rictus tenía el rostro sofocado y furioso. Más que furioso. Era una expresión salvaje, y el odio resplandecía en sus ojos. Gasca se apartó de él instintivamente, como un hombre que cediera el paso a un perro rabioso.

—¿Acaso enfrentaros cara a cara con otros hombres con armas en la mano es demasiado para vosotros? ¿Es que no podéis hacerlo? ¿O queréis que os enviemos a los niños con bastones, para que les demostréis lo que valéis? Vamos, ya me conocéis. Sabéis de dónde vengo. ¡Venid aquí y volved a probar mi lanza!

Gasca fue empujado a un lado, y Rictus se encontró solo en la parte alta de las escaleras. Había saliva en sus labios. Extendió los brazos como para rezar.

La jabalina ascendió desde abajo. Por un golpe de suerte, Gasca la vio llegar, incluso con su visión reducida, y consiguió levantar su escudo como un cangrejo. La jabalina golpeó el borde de bronce, mellándolo.

—¿Qué estás haciendo, por los dioses? —gritó a Rictus. Estaba casi decidido a empujar a aquel loco escaleras abajo.

—Ahora mantén el escudo levantado —dijo Rictus, y su rostro volvía a parecer racional.

Una lluvia de jabalinas. Llegaron y descendieron en arco: una, dos, tres. Dos de ellas rebotaron en el escudo de Gasca. La tercera golpeó el suelo entre sus pies, haciéndole estremecerse. Su panoplia parecía increíblemente pesada. Deseaba arrancarse el maldito casco y ver lo que estaba pasando. Las ranuras para los ojos le parecían absurdamente pequeñas.

Pero Rictus sonreía. En las manos tenía dos jabalinas. Sus puntas estaban algo dobladas; eran de hierro blando de las montañas.

—Bien lanzadas. Ahora os las devolveremos. —Su brazo se movió a toda prisa. Había pasado las cuerdas del arma por sus dos primeros dedos, y cuando la soltó, la jabalina empezó a girar por el aire, gimiendo. Atravesó a uno de los hombres cabra de abajo, entrando por debajo de su barba y emergiendo medio pie por su nuca. El hombre cayó al suelo, y sus camaradas se apartaron de él, como si su sangriento fin fuera algo contagioso.

La segunda cayó sobre ellos tres segundos más tarde. No acertó en la cabeza de otro hombre por un palmo, pero golpeó al de al lado justo sobre la rodilla. El hombre gritó, soltó la lanza y se agarró la pierna herida con ambas manos, con la boca abierta y húmeda.

—Ahora los números están más equilibrados —dijo Rictus, perfectamente tranquilo.

—Muchacho, la diosa te tiene bajo sus alas —dijo tras ellos el mercader grueso.

—Isca me entrenó bien. Ahora subirán por la escalera. Los detendremos, y huirán. Entonces les perseguiremos. ¿De acuerdo? —Los hombres de alrededor murmuraron su asentimiento.

—Ahí vienen —dijo Gasca, y se llevó la lanza al hombro.

El olor acre de los hombres les alcanzó antes que ellos mientras ascendían por las piedras cubiertas de nieve de las escaleras. Blandiendo las lanzas y gruñendo, apenas parecían humanos. Gasca se agachó y recibió el impacto de un golpe en el escudo. Le hizo estremecerse, pero la pesada combinación de madera y bronce desvió la punta de lanza. Su boca era una ranura de saliva mientras el aire entraba y salía, y el miedo lo abandonó; no había tiempo para tales cosas. Sintió que su propia lanza temblaba en su mano cuando la aferró por

el punto de equilibrio y lanzó una estocada hacia abajo. Los hombres cabra trataban de entrar en contacto con los defensores y superar sus lanzas. Uno de ellos rodeó con el puño la punta de lanza de Gasca, pero éste la arrancó a través de la mano del hombre, y el afilado aichme le desgarró los dedos al librarse de su apretón. El hombre chilló. Entonces Rictus atacó con su propia arma, atravesando la boca del hombre, cuyo chillido se transformó en un gorgoteo horrible. Cayó hacia atrás. Tras él, dos de sus compañeros rugieron y blasfemaron cuando su cadáver rodó por las escaleras y les hizo perder el equilibrio. Hubo un alud de carne maloliente cubierta de pieles y ojos relampagueantes, y se oyó un chasquido cuando un asta se rompió debajo de ellos. Llegaron al suelo y se pusieron en pie, tan furiosos como antes.

Quedaban tres en la escalera. Uno de ellos tenía los ojos de colores distintos. Gasca pudo darse cuenta de ello y archivar el dato. Hasta entonces, había ignorado que fuera tan observador. Dos puntas de lanza ascendieron. Una pasó por debajo del borde del escudo, arañando el metal. Gasca sintió un pinchazo en el muslo, nada más. Lanzó una estocada hacia abajo con su propia lanza, y notó que penetraba en algo blando. Recogiendo la lanza, sintió que un líquido cálido le goteaba por un lado de la pierna. Estocada, retroceder, recibir otro golpe en el escudo. Un hombre cabra ascendió aullando, soltó la lanza y trató de agarrar con los puños el escudo de Gasca y quitárselo. Gasca sintió que perdía el equilibrio, y le asaltó un miedo tan intenso al caer que se orinó encima.

Entonces Rictus enterró su cuchillo en el cuello del hombre cabra. El hombre gritó y su puño se aflojó. Agarró el mango del cuchillo y cayó hacia atrás. A punto de seguirle, Gasca notó que alguien agarraba su quitón por detrás. Había unos brazos en torno a él, y un olor a sudor y a perfume barato.

—Tranquilo —dijo el mercader grueso—. Recupera el equilibrio, chico.

Reponiéndose, Gasca parpadeó para librar sus ojos de sudor. En las escalones debajo de él, su sangre había descendido en una delgada corriente, diluida en su orina y emitiendo vapor. Sus entrañas parecían líquidas.

Los hombres cabra retrocedieron por la escalera. Tres de ellos yacían como bultos inmóviles y oscuros sobre la nieve, y otros dos se apretaban las heridas y trataban de mantener la sangre en el interior de su cuerpo.

—Creo que han tenido suficiente —dijo Rictus.

—Todo ha sido muy rápido —dijo uno de los jóvenes esposos detrás de ellos. Se había mantenido a cuatro pies de la batalla, que no le

había alcanzado, y ni siquiera había alzado el brazo. Débilmente, Gasca comprendió lo que debía ser una verdadera falange. La proximidad a la violencia de algunos, tan cerca de las puntas de lanza, y sin embargo sin formar parte del combate.

—Ahora seguidme —dijo Rictus. Había una especie de alegría en su rostro cuando empezó a bajar por las escaleras.

—¡No, muchacho! —gritó el mercader grueso, y agarró el quitón de Rictus como lo había hecho con el de Gasca—. Deja que se vayan. Si bajas por esta escalera, lucharán contigo hasta la muerte. Puede que ganes, pero no hay necesidad, y es posible que seas herido antes de que caiga el último.

Rictus pareció muy joven de repente, como un niño enfurruñado al que se le niega la golosina prometida. Vaciló, y su mirada desapareció. La calma regresó a su rostro, junto con una sonrisa que no era del todo agradable. Apartó suavemente la mano del mercader grueso de su ropa, y se volvió para dirigirse a sus enemigos.

—Recoged a vuestros heridos y marchaos —gritó a los hombres cabra.

—Bajad y luchad aquí —le gritó uno de ellos, en el acento gutural de la parte alta de las Harukush—. Os estaremos esperando.

—Moriréis todos si bajamos —dijo Rictus. Y seguía sonriendo.

Los hombres cabra le miraron. Uno de ellos escupió sangre sobre la nieve. Entonces empezaron a despojar metódicamente a sus muertos, mientras otro permanecía al pie de las escaleras, con la lanza preparada.

—Lo habéis hecho bien, muchachos —dijo el mercader grueso—. Ahora, con un poco más de ayuda de la diosa, estaremos en Machran al ponerse el sol. Ya no tenemos nada que temer de esos tipos.

Permanecieron sobre la muralla, observando cómo los hombres cabra recogían las pertenencias de sus camaradas muertos. Cuando terminaron, los tres cadáveres estaban desnudos sobre la nieve, y sus cuerpos velludos empezaban a adquirir un tono azulado. Entonces, sin más ceremonia, los cinco supervivientes se marcharon, mientras el que había sido herido en la pierna cojeaba y siseaba en la retaguardia. Doblaron una esquina entre las ruinas y desaparecieron.

—Podrían esconderse y tendernos una emboscada —dijo Rictus—. Yo lo haría.

—Tú y tu amigo les habéis metido el miedo en el cuerpo —dijo el mercader grueso—. Conozco a esa clase de tipos. Vengo de Scanion, en las altas montañas. Solíamos cazarlos como si fueran jabalíes. Es divertido, si tienes un estómago resistente. Son valientes cuando son muchos, con la perspectiva de una presa fácil, pero cuando matas a uno o dos, los demás se acobardan rápidamente, como los vorine.

Esta manada está acabada. Aunque no sé qué pueden estar haciendo tan cerca de Machran. Nunca me había encontrado con ellos tan abajo. —Y luego añadió—: Muchacho, esa pierna tuya necesita atención.

Gasca se quitó el casco y cerró los ojos mientras el aire frío le refrescaba el sudor de la frente.

—Me habéis salvado la vida entre los dos. Estoy en deuda con vosotros.

—Tú has salvado la mía aguantando tu posición —gruñó el mercader grueso—. No me hables de deudas.

—Ni a mí —dijo Rictus—. Recibiste la primera jabalina en tu escudo cuando venía en mi dirección.

Gasca y Rictus se miraron. Sus manos se alzaron al mismo tiempo, y al momento siguiente, se apretaron las muñecas en el antiguo saludo de los guerreros, sonriendo. No parecían mucho más que chiquillos.

—Claro que te has meado encima —dijo Rictus.



Serie Fantástica

Títulos publicados

Andrzej Sapkowski

1. *El último deseo (Saga de Geralt de Rivia, Libro I)*
Traducción de José María Faraldo

Barry Hughart

2. *La leyenda de la piedra (Crónicas del maestro Li, Libro II)*
Traducción de Carlos Gardini

Andrzej Sapkowski

3. *La espada del destino (Saga de Geralt de Rivia, Libro II)*
Traducción de José María Faraldo

Rodolfo Martínez

4. *Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos*

Rodolfo Martínez

5. *Sherlock Holmes y el heredero de nadie*

Andrzej Sapkowski

6. *La sangre de los elfos (Saga de Geralt de Rivia, Libro III)*
Traducción de José María Faraldo

Andrzej Sapkowski

7. *Tiempo de odio (Saga de Geralt de Rivia, Libro IV)*
Traducción de José María Faraldo

Kiril Yeskov

8. *El último anillo*
Traducción de Fernando Otero Macías

Andrzej Sapkowski

9. *Bautismo de fuego (Saga de Geralt de Rivia, Libro V)*
Traducción de José María Faraldo

Isaac Asimov

10. *El robot completo (Saga de los Robots, Libro I)*
Traducción de Manuel de los Reyes, Tina Parceros y Pilar Ramírez Tello

Andrzej Sapkowski

11. *La torre de la golondrina (Saga de Geralt de Rivia, Libro VI)*
Traducción de José María Faraldo

Rafael Marín

12. *Mundo de dioses*

Ellen Kushner

13. *A punta de espada*
Traducción de Manuel de los Reyes

Isaac Asimov

14. *Trilogía del Imperio*
Traducción de Carlos Gardini

Suzy McKee Charnas

15. *El tapiz del vampiro*
Traducción de Albert Solé

Andrzej Sapkowski

16. *Narrenturm (Trilogía de las Guerras Husitas, Libro I)*
Traducción de José María Faraldo

Juan Miguel Aguilera

17. *La red de Indra*

Eduardo Vaquerizo

18. *La última noche de Hipatia*

Chelsea Quinn Yarbro

19. *Hôtel Transylvania*
Traducción de Manuel de los Reyes

Isaac Asimov

20. *Relatos completos 1*
Traducción de Manuel de los Reyes

Orson Scott Card

21. *El cuerpo de la casa*
Traducción de Rafael Marín

- Andrzej Sapkowski
22. *La dama del lago 1 (Saga de Geralt de Rivia, Libro VII)*
Traducción de José María Faraldo
- Andrzej Sapkowski
23. *El último deseo (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Orson Scott Card y Kathryn H. Kidd
24. *Lovelock*
Traducción de Rafael Marín
- Paul Kearney
25. *El viaje de Hawkwood (Las Monarquías de Dios, Libro I)*
Traducción de Nùria Gres
- Kim Newman
26. *La era de Drácula*
Traducción de Jaume de Marcos Andreu
- Andrzej Sapkowski
27. *La espada del destino (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Andrzej Sapkowski
28. *La sangre de los elfos (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Arthur C. Clarke
29. *Las fuentes del paraíso*
Traducción de Carlos Gardini
- Andrzej Sapkowski
30. *La dama del lago 2 (Saga de Geralt de Rivia, Libro VII)*
Traducción de Fernando Otero Macías y José María Faraldo
- Paul Kearney
31. *Los reyes heréticos (Las Monarquías de Dios, Libro II)*
Traducción de Nùria Gres
- Isaac Asimov
32. *Relatos completos 2*
Traducción de Manuel de los Reyes

- Andrzej Sapkowski
33. *Camino sin retorno*
Traducción de José María Faraldo
- Andrzej Sapkowski
34. *Tiempo de odio (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Andrzej Sapkowski
35. *Bautismo de fuego (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Isaac Asimov
36. *Lucky Starr 1*
Traducción de Manuel de los Reyes
- Andrzej Sapkowski
37. *La torre de la golondrina (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo
- Arthur C. Clarke
38. *Cánticos de la lejana Tierra*
Traducción de Carlos Gardini
- Andrzej Sapkowski
39. *El último deseo (edición especial The Witcher 2)*
Traducción de José María Faraldo
- Andrzej Sapkowski
40. *La dama del lago (edición coleccionista)*
Traducción de José María Faraldo y Fernando Otero Macías
- Paul Kearney
41. *Las guerras de hierro (Las Monarquías de Dios, Libro III)*
Traducción de Núria Gres
- Paul Kearney
42. *El segundo imperio (Las Monarquías de Dios, Libro IV)*
Traducción de Núria Gres
- Paul Kearney
43. *Naves del oeste (Las Monarquías de Dios, Libro V)*
Traducción de Núria Gres

- Arthur C. Clarke
44. *El fantasma del Titanic*
Traducción de Carlos Gardini
- Richard Morgan
45. *Sólo el acero*
Traducción de Manuel de los Reyes
- Orson Scott Card
46. *Vigilantes del pasado*
Traducción de Rafael Marín
- Tad Williams
47. *Shadowmarch. La frontera de las sombras*
Traducción de Carlos Gardini
- Isaac Asimov
48. *Trilogía del Imperio (edición coleccionista)*
Traducción de Carlos Gardini
- Isaac Asimov
49. *Trilogía de Fundación*
Traducción de Manuel de los Reyes
- Andrzej Sapkowski
50. *Los guerreros de Dios (Trilogía de las Guerras Husitas, Libro II)*
Traducción de Fernando Otero Macías
- Isaac Asimov
51. *Lucky Starr 2*
Traducción de Manuel de los Reyes
- F. Paul Wilson
52. *La fortaleza*
Traducción de Nùria Gres
- Isaac Asimov
53. *Adiós a la Tierra*
Traducción de Manuel de los Reyes
- Hannu Rajaniemi
54. *El ladrón cuántico*
Traducción de Manuel de los Reyes

Arthur C. Clarke

55. *La ciudad y las estrellas*

Traducción de Julián Diez

Isaac Asimov

56. *Bóvedas de acero* y *El sol desnudo (Saga de los Robots, Libro II)*

Traducción de Luis G. Prado y Carlos Gardini

Paul Kearney

57. *Los diez mil (Trilogía de los Macht, Libro I)*

Traducción de Nùria Gres

En preparación

Orson Scott Card

Cómo escribir ciencia-ficción y fantasía

Tad Williams

Shadowmarch. El juego de las sombras



Serie Histórica

Títulos publicados

Nicholas Nicastro

1. *Hijos de Esparta*
Traducción de Carlos Gardini

Marek Krajewski

2. *Muerte en Breslau*
Traducción de Fernando Otero Macías

Dewey Lambdin

3. *Oficial del rey (Aventuras navales de Alan Lewrie, Libro III)*
Traducción de Nùria Gres

Wallace Breem

4. *El águila en la nieve*
Traducción de Nùria Gres

Marek Krajewski

5. *Fin del mundo en Breslau*
Traducción de Fernando Otero Macías

Nicholas Nicastro

6. *Alejandro Magno. Imperio de ceniza*
Traducción de Carlos Gardini

Sharon Kay Penman

7. *El sol en esplendor (La Guerra de las Rosas, Libro I)*
Traducción de Carlos Gardini

Wallace Breem

8. *El enviado de Roma*
Traducción de Carlos Gardini

Sharon Kay Penman

9. *Señor del norte (La Guerra de las Rosas, Libro II)*
Traducción de Carlos Gardini

Nicholas C. Prata

10. *Angeles de acero*
Traducción de Carlos Gardini

David Wishart

11. *Las cenizas de Ovidio (Marco Corvino, Libro I)*
Traducción de Carlos Gardini

Sharon Kay Penman

12. *Por la gracia de Dios (La Guerra de las Rosas, Libro III)*
Traducción de Carlos Gardini

David Wishart

13. *La muerte de Germánico (Marco Corvino, Libro II)*
Traducción de Carlos Gardini

Wallace Breem

14. *El leopardo y la montaña*
Traducción de Carlos Gardini



Títulos publicados

Lord Byron

1. *Diarios*
Traducción y edición de Lorenzo Luengo

Félix J. Palma

2. *La hormiga que quiso ser astronauta*

Walter Tevis

3. *El buscavidas*
Traducción de Rafael Marín

Pablo Capanna

4. *J.G. Ballard. El tiempo desolado*

Simon Ings

5. *El color del azar*
Traducción de Carlos Gardini

Charles Williams

6. *Todos los santos*
Traducción de Carlos Gardini

Walter Tevis

7. *Gambito de reina*
Traducción de Rafael Marín